

Fernando CERVERO, *Understanding pain*. MIT Press, 2012, 192 páginas.

Se atribuye a Buda la reflexión que dice que el dolor es inevitable, pero que el sufrimiento es opcional. Ya por aquel entonces, hace más de dos mil quinientos años, la experiencia del dolor parecía ocupar un puesto predominante en la vida de todo ser humano; y hoy en día, debe seguir siendo así, a pesar de que no conocemos lo suficiente este mecanismo biológico al que, por otro lado, estamos más que acostumbrados.

La obra *Understanding pain*, constituye un estudio sobresaliente acerca de la naturaleza del dolor, analizado desde un enfoque científico y filosófico para aportar diferentes puntos de vista. El autor, Fernando Cervero, es un prestigioso investigador, profesor y escritor especializado en el estudio del dolor. Ha sido presidente de la Organización Internacional del Dolor, conocida como IASP (son las siglas en inglés). Estudió Medicina en la Universidad Complutense de Madrid, de 1966 a 1972, y continuó su formación en la Universidad de Edimburgo. A partir de 1975 trabajó con Ainsley Iggo, fundador y tercer presidente de la IASP, lo que lo vincularía con esta asociación y despertaría su interés apasionado por el estudio del dolor. Profesor en diferentes universidades, como la de Edimburgo o la de Bristol, regresa a España después de casi veinte años como catedrático de Fisiología de la Universidad de Alcalá de Henares. En el año 2002 es nombrado director de la Unidad de Investigación de Anestesia de la Universidad McGill, en Montreal, siendo también nombrado director del Centro de Investigación de Dolor en la

misma Universidad. Con el libro que reseñamos quiere llevar al gran público el objeto de su experticia, sin dejar de aportar reflexiones muy relevantes para el público académico. “Comprender del dolor” es un texto para conocer de manera rigurosa y accesible qué es el dolor y cómo nos afecta.

El libro nos introduce a una realidad esquiva: el dolor es una parte fundamental de nuestras vidas, que nos influye poderosamente, siendo completamente necesario, ya que de diferentes maneras nos pone en contacto con el medio, moldeando nuestro comportamiento. El dolor, de este modo, puede considerarse una forma más de percepción. Ahora bien, debemos entender que el dolor no es un fenómeno unívoco, sino que presenta diferentes dimensiones, funciones y manifestaciones. La obra trata de responder dos preguntas clave que pueden considerarse el eje sobre el que giran los capítulos que la conforman: ¿Cómo sentimos dolor? ¿Qué significa el dolor para nosotros? La respuesta a la primera pregunta es mecanicista, biológica, ya que va a relacionar directamente el dolor con una serie de funciones cerebrales y nerviosas. Pero, ¿cómo es posible que un proceso mental que a priori nos protege se haya convertido en una sensación desagradable que daña nuestras vidas? La respuesta a la segunda pregunta es más filosófica, ya que implica, a su vez, otras preguntas: ¿Podemos eliminar por completo el dolor? ¿Sería conveniente hacerlo, en caso de que se pudiera? Estas son las cuestiones que debemos resolver para examinar el significado del dolor.

Los primeros capítulos nos ponen en contacto con unas aproximaciones preliminares al significado del dolor. En el

primero, nos acercamos al dolor como una función física, sensitiva, refleja, que, en un primer momento, sirve para protegernos de los peligros del medio. Se parte, de ese modo, de una concepción física del dolor. No obstante, van apareciendo dificultades a la hora de definirlo, problemas conceptuales, ya que a pesar de ser algo físico, nos encontramos con el problema de la intersubjetividad y la comunicación del dolor: no sabemos cómo sienten dolor los demás. Aparecen así dos experiencias o procesos en teoría separados: el componente físico, la reacción refleja, y la percepción subjetiva del mismo. A nivel biológico, se distinguen tres tipos principales de dolor: el dolor nociceptivo, el dolor inflamatorio y el dolor neuropático, cada uno con una serie de características propias. Cervero se pregunta, en este punto, si todos estos tipos de dolor son producto de los mismos mecanismos cerebrales. El segundo capítulo aborda mediante numerosos ejemplos experimentales, a lo largo de la historia, cómo se han usado diferentes métodos para tratar de medir el dolor. Salen a la luz así, por ejemplo, las diferencias entre humanos y animales no humanos, o la necesidad de crear métodos capaces de objetivar la sensación del dolor. El tercer capítulo analiza probablemente el dolor al que todos estamos más acostumbrados, el dolor nociceptivo, sensitivo, el que sentimos, por ejemplo, cuando nos quemamos. Cervero plantea preguntas muy interesantes que, en realidad, hilvanan todo el libro, como: ¿Qué órganos generan o captan este dolor o sensación? Para poder entender adecuadamente esta cuestión, en los capítulos siguientes comienza a analizar con mayor detenimiento la

relación entre la percepción del dolor y cómo nuestro cerebro y sistema nervioso transfieren y procesan la información que hemos obtenido del medio. Se discuten las redes neuronales dedicadas al dolor, y la relación directa entre nuestro cerebro y la experiencia del dolor. Preguntas clave como la posibilidad de conocer qué redes neuronales concretas son las responsables de procesar esta información se vuelven relevantes a la hora de acceder a la posibilidad de eliminar o reducir el dolor de distintas maneras. A partir del quinto capítulo, y mediante ejemplos cotidianos o testimonios de pacientes reales, que sirven para darnos cuenta de la proximidad e importancia de este tipo de problemas, Cervero nos describe otras formas más específicas de dolor y las características únicas de los mismos. El capítulo sexto está dedicado a una curiosa propiedad del dolor: su incapacidad para adaptarse o desaparecer ante un estímulo prolongado, siendo algo único entre el conjunto de sensores que tenemos (vista, gusto, oído, etc.). Este problema da lugar a fenómenos como la hiperalgesia o la alodinia, consecuencias directas de la amplificación de dolor, capaces de afectar y destruir la vida de ciertas personas. La percepción del dolor, en este punto, se vuelve totalmente dependiente del cerebro, y así se trata en los siguientes capítulos, pudiendo distinguirse tres componentes: el dolor sensitivo, el emocional y el cognitivo. Los últimos capítulos de la obra abordan otro tipo de fenómenos, como el dolor que se origina en el interior de nuestro propio cuerpo, el dolor visceral (como un dolor de estómago), y el dolor neuropático, relacionado con las personas que han perdido alguna extremidad y que,

al mismo tiempo de seguir las sintiendo (percepción de miembros fantasma) afirman que les duelen. La obra termina con un interesante análisis de las diferencias a la hora de experimentar dolor en función de los genes, el sexo y el estrés al que está sometido un sujeto y con una reflexión sobre la posibilidad y necesidad, en vista a lo expuesto anteriormente, de poder eliminar el dolor de nuestras vidas, de un modo científico y definitivo que sea capaz de mejorar la calidad de vida de muchos enfermos afectados por dolencias crónicas que les impiden, en muchos casos, vivir dignamente.

Las explicaciones van acompañadas de numerosos ejemplos y de referencias tanto a obras clásicas en el estudio del dolor como a especialistas en el tema, de manera que la obra nos aporta al mismo tiempo una perspectiva histórica, global y multidisciplinar de los problemas que se abordan. De igual forma, se incluyen, en ciertos puntos clave, esquemas y dibujos que ilustran y facilitan la comprensión de las explicaciones, al igual que ejemplos cotidianos que todos hemos experimentado en nuestras vidas diarias.

Al concluir la lectura, hemos aprendido que el dolor es mucho más que una experiencia sensorial. Se entiende que

es multidimensional y que depende de procesos neurológicos, pero también de otros factores, como el sexo o el entorno, que poco a poco se van descubriendo y resultan claves para la comprensión del dolor como fenómeno. De igual forma, queda patente la necesidad de luchar, a todos los niveles, contra el dolor, ya que en determinados casos muchos pacientes sufren durante su vida algunas formas terribles de dolor que no se investigan lo suficiente y no se les pueden ofrecer remedios científicamente eficaces para combatirlos. En relación con estas cuestiones, quedan abiertas ciertas líneas de investigación y debates, fundamentalmente desde dos puntos de vista: por un lado, la necesidad de seguir trabajando e incrementar los estudios científicos sobre las bases neurológicas del dolor como piedra fundamental del problema; y, por otro lado, en el terreno ético, la posibilidad de incluir la lucha contra el dolor y los tratamientos contra el mismo como un derecho humano fundamental, lo que vincularía una labor científica con una reivindicación política.

Sergio DEL BARRIO
Universidad de Salamanca